

Estudios Sociales
Vol. XXXII, Número 118
Octubre - Diciembre 1999

**KOSOVO, TIMOR, CHECHENIA, REPÚBLICA DOMINICANA,...:
DERECHOS HUMANOS Y DEBER DE INJERENCIA**

Ya se apagan las últimas luces del siglo XX y con ellas se esfuman muchos de los sueños prometeicos de quienes predecían en la entonces aurora de "la Belle Epoque" el advenimiento inminente de una nueva humanidad, definitivamente liberada del yugo de la ignorancia, la miseria, la guerra y el dolor. Sin embargo, los últimos fuegos de Bengala que ocultan la noche no pueden esconder la amargura que sacude el cuerpo de nuestra humanidad dolorida.

Las profecías que tejieron los científicos del siglo naciente y llenaron de orgullo los promotores de la Exposición Universal de París de 1900 nutrieron los libros de Jules Verne y la imaginación de los niños. Pero, hoy, aquellas tienen la frialdad del acero de la famosa torre de Babel que el ingeniero Eiffel diseñó, unos años antes, para las celebraciones del centenario de la revolución francesa. Nuestro ingenio y nuestro espíritu de conquista, a imagen de este universo en expansión que descubrió Hubble, nos lanzaron al asalto del cielo e hicieron de la Luna y de Marte los testigos mudos de nuestro vértigo de grandeza. Ya hicimos de nuestro planeta —amén de llenarlo de signos inequívocos de nuestra presencia parásita (¡no serán los ecólogos que nos dirán lo contrario!)— la aldea global donde nada ni nadie puede escapar al ojo inquisidor de los medios de comunicación, desde la destrucción de Bagdad "en vivo y en directo" durante la así llamada "Guerra del Golfo", hasta los jugueteos amorosos del Presidente de la nación más poderosa del orbe.

Mas ¿cuántas víctimas yacen debajo de las soberbias pirámides de nuestra modernidad triunfante? ¿Cuántos dolores o deseos sepultados? ¿Cuántos espíritus embrujados por innumerables elefantes blancos —faro a Colón, túneles, bulevares o pasos a desnivel— en la nueva Santo Domingo? Los grandes "saltos adelante", las purificaciones étnicas o otros delirios de los demiurgos de estos cien años han convertido muchos sueños en pesadillas, pogroms, goulags, genocidios, exterminios de toda especie y atestiguan en el silencio petrificado de los monumentos funerarios el paso implacable de un siglo carente de piedad.

Oradour, Verdún, Guernica, Nanking, Stalingrado, Auschwitz, Varsovia, Dresde, Hiroshima, Budapest, Praga, My Lai, Phnom-Penh, Soweto, Huehuetenango, Sabra y Chatila, Tienanmen, Sarajevo, Kigali, Dili, Grozny,... son "sólo" algunos de entre los incontables nombres de pueblos, aldeas, barrios o ciudades que nos ofrece la toponimia del dolor y de la muerte de ese siglo. Bien podría Freud reconocer en cada uno de estos abortos históricos el dominio de esa pulsión de muerte que hace del dios Moloc, el devorador de sus propios hijos.

"¡Nunca más!" tal ha sido el grito mil veces repetido que resuena a nuestros oídos cansados por tantos llantos. De la Sociedad de las Naciones a la Organización de las Naciones Unidas, incesantes han sido los esfuerzos de nuestra humanidad ensangrentada para intentar conjurar esta pulsión de muerte y dar paso a esta otra fuerza indomable que habita el corazón humano con su irrefrenable amor por la vida. Innumerables son las voces de quienes se han mantenido, a lo largo y ancho del tiempo y del espacio, frente al holocausto, con los ojos abiertos y las manos tendidas para socorrer a las víctimas. Líderes comunitarios y sindicales, campesinos, intelectuales o gente sencilla, mujeres y hombres, de múltiples pertenencias políticas, filosóficas, confesionales han unido sus voces en un único concierto de coraje y de esperanza en pro de la defensa de la dignidad inalienable de una humanidad hambrienta de justicia y de paz.

Henri Dunant, Marie Curie, Albert Schweitzer, Martin Luther King, Andrei Sakharov, Arnulfo Oscar Romero, las Madres de la

KOSOVO, TIMOR, CHECHENIA, REPÚBLICA DOMINICANA,...:

Plaza de Mayo y Adolfo Pérez Esquivel, Desmond Tutu, Rigoberta Menchú, Aung San Suu Kyi o Carlos Felipe Ximenes Belo, al lado de otros millones de figuras anónimas, componen la larga fila de quienes han puesto sus vidas al servicio de los demás y dado cuerpo a esta vieja figura —jalgo arcaica en estos tiempos de libre mercado y “Business Schools”!— de “filántropo”. Ellos y ellas dibujan el rostro de una humanidad que se niega a abdicar su propia dignidad y nos invitan en el alba del nuevo milenio a obrar por una recuperación del sentido de lo ético.

El arresto en Londres del General Pinochet, verdugo convicto de su pueblo, iluminó la noche de los derechos humanos, pisoteados por tantos aprendices de dictadores, enemigos empedernidos del género humano y prefigura el fin ineluctable de la impunidad secular que protegía a los victimarios. No habrá Leviatán, razones de Estado, ni asuntos de soberanía nacional que valdrán frente a la defensa insumisa de la vida. El proceso de Nuremberg no puede haber sido un mero ejercicio de exorcismo ritual. En La Haya, el tribunal penal internacional investido por la ONU de la responsabilidad de juzgar y condenar los responsables de crímenes de guerra y genocidio cometidos en la ex Yugoslavia evidencia la absoluta necesidad de crear una Corte Penal Internacional permanente que tenga jurisdicción irrestricta para sancionar debidamente los delitos de lesa humanidad y sus autores.

La globalización económica y cultural debe abrir paso a la globalización de la solidaridad y a la promoción de los derechos de la persona humana. Nadie puede abrigarse detrás de las fronteras de su nación, corporación, iglesia, partido o grupo —de cualquier índole que sea— para defender lo indefendible: el avasallamiento del otro. “Libertad, igualdad y fraternidad”, la reivindicación central de la vieja Declaración de 1789, mantiene hoy día su plena actualidad y encuentra eco en la Declaración de las Naciones Unidas de 1948, norma imprescindible de las relaciones entre los países y de la construcción social al interior de los mismos. Montesquieu, un hombre de la Ilustración, declaró alguna vez: “Si yo supiera algo útil para mi patria y que fuese perjudicial para Europa, o bien que fuese útil para Europa y perjudicial para el género humano, lo consideraría como un crimen, porque soy

necesariamente hombre mientras que no soy francés más que por casualidad". Con él coincidía plenamente el Papa Juan Pablo II cuando expresaba, recientemente, que "los crímenes contra la humanidad no pueden ser considerados asuntos internos de una nación". Por esta misma razón, el Papa promueve "la asistencia humanitaria" y defiende la legitimidad y hasta la obligatoriedad de lo que él llama "la injerencia humanitaria". Es esta misma injerencia humanitaria que, unas semanas antes, Felipe Ximenes Belo, el obispo de Timor Oriental, quiso agradecer al Secretario General de la ONU con las siguientes palabras: "(...) sin ustedes nunca habríamos sobrevivido".

El presente número de *Estudios Sociales* se inscribe en este contexto de defensa resuelta de los derechos fundamentales y quiere ayudarnos a barrer nuestro propio patio. Dentro de esta perspectiva Katrin Gerdsmeier presenta de modo sistemático los elementos nucleares de las Convenciones Internacionales de las cuales la República Dominicana es signataria y, contrasta con precisión lo que dice el Derecho y los atropellos constantes de los cuales son víctimas la mayoría de los trabajadores migrantes haitianos en el país. El reciente informe de la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH) de la Organización de los Estados Americanos (OEA) sobre la situación de los derechos humanos en República Dominicana nos recordó oportunamente que nuestra realidad insular no nos coloca al margen del Derecho, instrumento esencial e imprescindible de las relaciones entre las personas y entre los Estados. Ser persona significa vivir en comunidad y asumir las ventajas y obligaciones que derivan de este hecho básico: Robinsón Crusoe y Viernes al compartir la supuesta "isla desierta" tuvieron necesidad de institucionalizar sus relaciones y de construir una diminuta sociedad humana. Nuestro reto es idéntico como nos lo describe Franc Báez en una minuciosa investigación sobre las familias haitianas que hacen vida en un barrio popular de Santo Domingo. La fuerza de trabajo haitiana requerida por el desarrollo económico de la República Dominicana se constituye en una presencia necesaria y duradera, aunque marcada inmisericordiosamente por la extrema dureza y precariedad de las condiciones de vida que le toca enfrentar. Como botón de muestra de las vejaciones incontables que

sufren los trabajadores haitianos en nuestro país valga recordar algunos de los comentarios del Secretario de Obras Públicas, Diandino Peña,¹ dignos de un auténtico mercader de esclavos, alabando la disponibilidad irrestricta de los mismos. Desde luego que, con este pragmatismo tan característico de muchos de los funcionarios del gobierno de turno, se pretende justificar así lo injustificable y legitimar una vez por todas la exclusiva búsqueda del crecimiento económico o la construcción de grandes obras de infraestructura al margen de toda consideración de índole moral y social.

A continuación, Juan Manuel Romero presenta a grandes rasgos las etapas de la inmigración española en tierras dominicanas y da cuenta de la importancia de la participación de la misma en los procesos de desarrollo actual. Y, para concluir, Carlos Fernández-Rocha nos ofrece una interesante reflexión relativa a la ética de la modernidad y reafirma la absoluta necesidad de seguir abriendo caminos de razonabilidad y humanización. Según el autor, el reto que debe enfrentar la modernidad es el de llegar a universalizar las conquistas sociales, económicas y políticas a todos los habitantes del planeta tierra. La existencia de desigualdades crecientes entre el Norte y el Sur y al interior de cada una de las sociedades no ofrece argumento ninguno para renunciar a la ética; al contrario, esta fractura social nos obliga, a la puerta del siglo XXI, a insuflar mayor espíritu en nuestro actuar. Nuestra revista quiere ser parte de este proyecto con ustedes. ¡Trabajo no nos faltará! Pero sí creemos que juntos podemos contribuir a dar cuerpo a una solidaridad sin fronteras.

1 "Son obreros más dóciles que en un momento dado están dispuestos a sacrificarse en términos de precios por hora de trabajo a sabiendas de que están en condiciones de desventaja por residir en un territorio que no es el de ellos. (...) Ellos amanecen en la construcción, trabajan de día, de noche y trabajan horas extras, contrario al operario dominicano que es más celoso...". Ver JIMÉNEZ, MANUEL, "Diandino dice repatriaciones paralizarían obras gobierno", *Hoy*, 6 de nov. de 1999, pp. 1 y 6.